

ESTE libro trata de Franz Biberkopf, en otro tiempo peón de albañil y mozo de cuerda en Berlín. Acaba de salir de la cárcel, donde se encontraba por viejas historias, está otra vez en Berlín y quiere ser honrado.

Al principio lo consigue. Luego, sin embargo, aunque económicamente le va bastante bien, se ve envuelto en una auténtica lucha con algo que viene de fuera, es imprevisible y parece una fatalidad.

Tres veces embiste contra él, desbaratando su plan de vida. Lo atropella con un engaño y una superchería. El hombre se levanta, aguanta aún.

Lo empuja y golpea con una villanía. Él se recupera con dificultad, casi en el último segundo.

Por último, lo torpedea con una brutalidad espantosa.

Así cae derribado nuestro hombre, que se ha mantenido derecho hasta el final. Da la partida por perdida, no sabe qué hacer y parece acabado.

No obstante, antes de poner fin radicalmente a su vida, se le abren los ojos de una forma que no especifico aquí. Se le muestra, del modo más patente, la causa de todo. Es él mismo, ahora lo ve, su plan de vida, que parecía no ser nada pero ahora, de repente, resulta muy distinto, no algo simple y casi natural sino arrogante y desvergonzado y, al mismo tiempo, cobarde y lleno de flaquezas.

Aquello horrible que era su vida cobra un sentido. Franz Biberkopf ha sufrido una cura de caballo. Al final vemos otra vez al hombre en la Alexanderplatz, muy cambiado, deteriorado, pero erguido.

Contemplar y escuchar todo esto será útil para muchos que, como Franz Biberkopf, viven dentro de una piel humana, y a los que les pasa lo que a Franz Biberkopf: que esperan de la vida algo más que un pedazo de pan.

LIBROPRIMERO

AQUÍ, al principio, Franz Biberkopf sale de la cárcel de Tegel, adonde lo ha llevado su insensata vida anterior. Le cuesta echar raíces de nuevo en Berlín, pero finalmente lo consigue y se alegra de ello, y jura llevar una vida honrada.

A la ciudad con el 41

Estaba ante la puerta de la cárcel de Tegel y era libre. Ayer aún, en los campos de atrás, había rastrillado patatas con los otros, en uniforme de presidiario, pero ahora llevaba un abrigo de verano amarillo; ellos rastrillaban atrás, él estaba libre. Dejaba pasar un tranvía tras otro, apretaba la espalda contra el muro rojo y no se iba. El vigilante de la puerta pasó varias veces por delante, le indicó su tranvía, pero él no se fue. Había llegado el momento terrible (¿terrible, Franze, por qué terrible?), los cuatro años habían terminado. Las negras puertas de hierro, que desde hacía un año contemplaba con creciente aversión (aversión, por qué aversión) se habían cerrado a sus espaldas. Lo ponían otra vez en la calle. Dentro quedaban los otros, carpinteando, barnizando, seleccionando, encolando, les quedaban aún dos años, cinco. Él estaba en la parada del tranvía.

Empieza el castigo.

Se sacudió, tragó saliva. Se pisó un pie. Luego tomó carrerilla y subió al tranvía. En medio de la gente. En marcha. Al principio era como cuando uno está en el dentista, que coge

la raíz con las tenazas y tira; el dolor aumenta, la cabeza está a punto de estallar. Volvió la cabeza atrás, hacia la pared roja, pero el tranvía volaba con él sobre los raíles y sólo su cabeza quedó mirando hacia la prisión. El tranvía tomó una curva, se interpusieron árboles, casas. Aparecieron calles animadas, la Seestrasse, subió y bajó gente. Dentro de él, algo gritaba horrorizado: cuidado, cuidado, ya empieza. La punta de la nariz se le helaba, algo temblaba en sus mejillas. «Zwölf Uhr Mittagszeitung», «B. Z.»¹, «Die neuste Illustrierte», «Die Funkstunde neu». «Billetes, por favor.» Los polis llevan ahora uniformes azules. Se bajó otra vez del tranvía sin ser notado, estaba entre personas. ¿Qué pasaba? Nada. Un poco de compostura, cerdo famélico, haz un esfuerzo o te parto la cara. Gentío, qué gentío. Cómo se agita. Mi sesera necesita engrase, seguro que está seca. ¿Qué era todo aquello? Tiendas de zapatos, tiendas de sombreros, lámparas eléctricas, tascas. La gente tiene que tener zapatos para poder correr tanto, también nosotros teníamos una zapatería, no hay que olvidarse. Cientos de cristales relucientes, déjalos que brillen, no te irán a dar miedo, te los puedes cargar, qué pasa con ellos, los acaban de limpiar. Estaban levantando el pavimento en la Rosenthaler Platz, caminó con los demás por los tablones. Uno se mezcla con los otros, todo se arregla, no notas nada, muchacho. En los escaparates había figuras con trajes, abrigos, con faldas, con medias y zapatos. Fuera todo se movía, pero... detrás... inada! ¡Nada... vivía! Aquello tenía rostros alegres, se reía, aguardaba en el islote del tráfico frente a Aschinger² en grupos de dos o tres, fumaba cigarrillos, hojeaba periódicos. Estaba allí como las farolas... y... se quedaba cada vez más rígido. Formaba una unidad con las casas, todo blanco, todo de madera.

El terror lo acometió cuando bajó por la Rosenthaler Strasse y, en una pequeña taberna, había un hombre y una mujer sentados muy cerca de la ventana: se echaban al coletto la cerveza de los jarros, bueno y qué, sólo bebían, tenían tenedores

¹«Berliner Zeitung».

²Una de las muchas cervecerías de Berlín pertenecientes a la familia de ese nombre.

y se metían con ellos pedazos de carne en la boca, luego sacaban otra vez los tenedores pero no sangraban. Ay, cómo se le retorció el cuerpo, no consigo calmarlo, ¿adónde ir? Aquello respondió: es el castigo.

No podía volver, había venido con el tranvía hasta aquí, tan lejos, había salido de la cárcel y tenía que meterse, más adentro aún.

Eso ya lo sé, suspiró para sí, que tengo que meterme aquí y que he salido de la cárcel. Tenían que soltarme, el castigo había terminado, todo tiene su orden, los burócratas cumplen su deber. Me meteré ahí, pero quisiera no hacerlo, Dios mío, no puedo hacerlo.

Anduvo la Rosenthaler Strasse, pasando por delante de los almacenes Tietz³, torció a la derecha por la angosta Sophienstrasse. Pensó: esta calle es más oscura, donde está oscuro será mejor. Los presos se encuentran en régimen de aislamiento, celular o común. En régimen de aislamiento, el preso es mantenido día y noche, sin interrupción, separado de los otros. En el régimen celular se mete al preso en una celda, pero se le lleva con los otros para hacer ejercicio al aire libre, dar clases o asistir a los servicios religiosos⁴. Los tranvías pasaban alborotando y tocando la campanilla, las fachadas se sucedían sin pausa. Y había tejados sobre las casas, que flotaban sobre ellas, los ojos se le iban hacia lo alto: con tal de que los tejados no resbalen, pero las casas se mantenían derechas. Adónde iré, pobre diablo, caminó arrastrando los pies a lo largo de las paredes, aquello no se acababa nunca. Soy completamente bobo, se puede dar una vuelta, cinco minutos, diez minutos, luego se toma un coñac y se sienta uno. Al toque de campana correspondiente, el trabajo debe comenzar sin demora. Sólo puede interrumpirse el tiempo fijado para comidas, paseos y clases. Al pasear, los presos deben mantener los brazos extendidos y bracear.

³En realidad, debiera decir los almacenes Wertheim. Los Tietz estaban en Alexanderplatz.

⁴El texto se basa más o menos literalmente en el Reglamento prusiano de establecimientos penitenciarios de 1923.

Allí había una casa, levantó la vista del pavimento, empujó una puerta y de su pecho salió un ay, ay, gruñido y triste. Cruzó los brazos, bueno, muchacho, aquí no te pelarás de frío. La puerta del patio se abrió, alguien pasó por su lado, se situó detrás. Él gimió entonces, le hacía bien gemir. En su primer aislamiento carcelario había gemido siempre así, alegrándose de oír su propia voz, eso es algo, no todo se ha perdido. Lo hacían muchos en las celdas, unos al principio, otros luego, cuando se sentían solos. Empezaban por eso, todavía era algo humano, los consolaba. Allí estaba el hombre en la entrada, él no oía el horrible ruido de la calle, las casas demenciales no llegaban hasta allí. Frunciendo la boca, gruñó y se dio valor, con las manos metidas en los bolsillos. Tenía los hombros encogidos dentro del amarillo abrigo de verano, para defenderse.

Un extraño se había situado junto al ex presidiario y lo miraba. Preguntó: «¿Le pasa algo, no se siente bien, le duele algo?»⁵, hasta que él se dio cuenta y dejó inmediatamente de gruñir. «¿Se siente mal, vive usted en esta casa?» Era un judío de barba roja y cerrada, un hombrecito con abrigo, un sombrero de fieltro negro, un bastón en la mano. «No, no vivo aquí.» Tuvo que marcharse del portal, el portal le había hecho ya bien. Y entonces empezaron otra vez las calles, las fachadas, los escaparates, las figuras apresuradas con pantalones o medias claras, todas tan rápidas, tan ligeras, una por segundo. Y, como estaba decidido, entró otra vez en un zaguán, en el que, sin embargo, se abrieron las puertas para dejar pasar un coche. Entonces, rápidamente, a una casa vecina, un portal estrecho, junto a la escalera. Por allí no podía salir ningún coche. Se agarró al poste de la barandilla. Y mientras lo tenía agarrado supo que quería escapar al castigo (ay Franz, qué vas a hacer, no lo conseguirás), claro que lo haría, sabía ya dónde había una escapatoria. Y en voz baja comenzó otra vez con su música, con el gruñir y el refunfuñar y él a la calle no voy otra vez. El judío pelirrojo entró de nuevo en la casa, al principio

⁵Los personajes judíos de Döblin hablan un alemán muy influido por el yídish.

no descubrió al otro junto a la barandilla. Lo oyó ronronear: «Pero bueno, ¿qué hace aquí? ¿No se siente bien?» Franz soltó el barrote, entró en el patio. Cuando estaba tocando la puerta vio que era el judío de la otra casa. «¡Váyase! ¿Qué quiere usted?» «Bueno, bueno, nada. Gime usted y se queja de tal forma que uno tiene derecho a preguntar qué le pasa.» Y allí, por la grieta de la puerta, otra vez las viejas casas, el hervidero humano, los tejados cayéndose. El ex presidiario abrió la puerta del patio, el judío detrás: «Bueno, bueno, qué puede pasar, no será tan malo. No se va uno a morir. Berlín es grande. Donde viven mil, viven mil uno.»

El patio era profundo y oscuro. Franz estaba junto al cajón de la basura. Y de pronto empezó a cantar a voz en grito, a cantar a las paredes. Se quitó el sombrero como un organillero. Las paredes le devolvieron el sonido. Eso estaba bien. Su propia voz le llenó los oídos. Cantaba con una voz fuerte, como nunca hubiera podido cantar en la cárcel. ¿Y qué era lo que cantaba y devolvían las paredes? «Ruge una voz como un trueno»⁶. Marcialmente firme y enérgico. Y luego: «Yuvivale-ralera»⁷, algo de alguna canción. Nadie se ocupaba de él. El judío lo esperaba en la puerta: «Ha cantado muy bien. Realmente muy bien. Podría hacerse de oro con una voz como la suya.» El judío lo siguió a la calle, lo cogió por el brazo y se lo llevó, con una conversación interminable, hasta que torcieron por la Gormannstrasse; el judío y el recio chicarrón del abrigo de verano, que apretaba la boca como si fuera a escupir bilis.

Todavía no está allí

Lo introdujo en una habitación, donde ardía una estufa, lo sentó en el sofá: «Bueno, ya está aquí. Siéntese tranquilo. Quédese con el sombrero puesto o quíteselo, como quiera. Voy a buscar a alguien que le gustará. La verdad es que tam-

⁶Primer verso de la canción nacionalista «La guardia del Rin» (1840) de Max Schneckenburger, a la que puso música Karl Wilhelm en 1854.

⁷Estrillo de varias canciones populares alemanas.

poco yo vivo aquí. Soy sólo un huésped como usted. Bueno, así son las cosas, un huésped trae a otro huésped, con tal de que en la habitación haga calor.»

El ex presidiario se quedó solo. Ruge una voz como un trueno, como un sonido de espadas y del mar el desenfreno. Iba en el tranvía, miraba a los lados, se veían las paredes rojas entre los árboles, llovían hojas de colores. Las paredes estaban ante sus ojos, las contemplaba desde el sofá, las contemplaba con insistencia. Es una gran suerte vivir entre estas paredes, se sabe cómo empieza el día y cómo sigue. (Franz, no querrás esconderte, te has escondido ya cuatro años, ten valor, mira en torno, ese esconderse tiene que acabar de una vez.) Se prohíbe cantar, silbar y alborotar. Los reclusos tienen que levantarse inmediatamente por la mañana al toque de diana, hacer su cama, lavarse; peinarse, cepillarse la ropa y vestirse. Se facilita jabón en cantidad suficiente. Bum, un toque de campana, levantarse, bum, las cinco y media, bum, las seis y media, apertura, bum bum, afuera, reparto del desayuno, jornada de trabajo, recreo, bum bum bum, mediodía, muchacho, no tuerzas el gesto, aquí no te vamos a cebar, que se inscriban los cantores, los cantores se presentarán a las cinco cuarenta, me doy de baja por ronco, a las seis cierre, buenas noches, lo hemos logrado. Una gran suerte vivir entre estas paredes, me han cubierto de mierda, casi cometí un asesinato pero fue sólo homicidio, heridas de desenlace fatal, no fue tan malo, me había convertido en un perfecto desgraciado, un miserable, me faltaba poco para ser un vagabundo.

Un judío alto, viejo, de largos cabellos, con un bonete negro en la nuca, llevaba un rato sentado ante él. En la ciudad de Susa vivía una vez un hombre llamado Mardoqueo, que crió a Ester, la hija de su tío, pero la muchacha era de hermosa figura y presencia hermosa⁸. El viejo apartó los ojos del hombre y volvió la cabeza hacia el pelirrojo: «¿De dónde lo ha sacado?» «De casa en casa corría. Se metió en un patio y cantó.» «¿Cantó?» «Canciones de guerra.» «Tendrá frío.» «Quizá.» El viejo lo miraba. El primer día de fiesta, los judíos no

⁸Libro de Ester, 2, 5-7.

se ocuparán de los cadáveres, el segundo tampoco los israelitas, esto se aplica incluso a los dos días de Año Nuevo. ¿Y quién es el autor de la siguiente doctrina rabínica? Si alguien come de la carroña de un ave limpia, no es impuro; pero si come de los intestinos o del buche, ¿es impuro?⁹. Con su mano larga y amarilla el viejo buscó la mano del ex presidiario, que descansaba sobre su abrigo: «Oiga, ¿no quiere quitarse el abrigo? Hace calor aquí. Nosotros somos viejos y tenemos frío todo el año, pero para usted será demasiado.»

Se sentaba en el sofá, miraba bizqueando su propia mano, había ido por las calles, de patio en patio, hay que ver dónde se encuentra algo en el mundo. Y quiso ponerse en pie, dirigirse a la puerta, sus ojos la buscaron en la habitación oscura. El viejo lo empujó otra vez contra el sofá: «Quédese, ¿dónde va a ir?» Él quiso marcharse. El viejo, sin embargo, lo cogió por la muñeca y apretó, apretó. «A ver quién puede más, usted o yo. Le digo que se siente.» El viejo gritó: «Bueno, ahora se va a estar sentado. Va a escuchar lo que le diga, mozo. Ponga atención, mal hombre.» Y al pelirrojo, que sujetaba al hombre por los hombros: «Márchese, fuera de aquí. No lo he llamado. Ya me las arreglaré con él.»

Qué quería aquella gente. Él quería irse, pugnó por levantarse, pero el viejo lo forzó a sentarse. Entonces gritó: «¿Qué hace conmigo?» «Proteste, protestará más aún.» «Tiene que soltarme. Tengo que salir.» «¿A la calle, acaso? ¿Acaso a los patios?»

Entonces el viejo se levantó de la silla y paseó ruidosamente de un lado a otro de la habitación: «Déjalo que grite lo que quiera. Déjalo que haga lo que quiera. Pero no en mi casa. Ábrele la puerta». «Qué pasa, ¿es que en esta casa no se grita nunca?» «No me traigáis gente que haga ruido. Los hijos de mi hija están enfermos, están en cama ahí atrás, ya tengo suficiente ruido.» «Bueno, bueno, qué mala suerte, no lo sabía, tiene que perdonarme.» El pelirrojo cogió al hombre de las manos: «Venga. El rabino tiene la casa llena. Sus nietos están enfermos. Vámonos a otra parte.» Pero él no quería levantar-

⁹Preceptos del Talmud.

se. «Venga.» Tuvo que levantarse. Entonces susurró: «No me arrastre. Déjeme aquí.» «Tiene la casa llena, ya lo ha oído.» «Déjeme quedarme aquí.»

Con ojos chispeantes, el viejo contempló a aquel extraño ser que suplicaba. Y dijo Jeremías, salvemos a Babilonia, pero Babilonia no se dejó salvar. Abandonadla, que cada uno vaya a su tierra. La espada caerá sobre los caldeos, sobre los habitantes de Babilonia¹⁰. «Si se está tranquilo, podrá quedarse con vosotros. Si no se está tranquilo, tendrá que irse.» «Bien, bien, no haremos ruido. Me sentaré con él, puede confiar en mí.» El viejo, sin decir palabra, salió rápidamente.

Aprender del ejemplo de Zannowich

El ex presidiario estaba otra vez sentado en el sofá con su abrigo de verano amarillo. Suspirando y sacudiendo la cabeza, el pelirrojo atravesó la habitación: «Bueno, no se enfade porque el viejo estuviera tan brusco. ¿Es usted forastero?» «Sí, soy, era...» Las paredes, rojas, hermosas paredes, celdas, tuvo que contemplarlas con nostalgia, tenía la espalda pegada a la pared roja, la construyó un hombre inteligente, no se iba. Y el hombre se resbaló como una muñeca del sofá a la alfombra; al caer empujó la mesa a un lado. «¿Qué pasa?», gritó el pelirrojo. El ex presidiario se dobló sobre la alfombra, su sombrero rodó junto a sus manos, él hundió la cabeza en el suelo, gimió: «Dentro del suelo, dentro de la tierra, donde esté oscuro.» El pelirrojo tiró de él: «Por el amor de Dios. Está usted en una casa ajena. Si viene el viejo. Levántese.» Él, sin embargo, no se dejó levantar, se agarró a la alfombra, siguió gimiendo. «Pero cállese, por el amor de Dios, si el viejo lo oye. Ya llegaremos a un acuerdo.» «A mí de aquí no me saca nadie.» Como un topo.

Y el pelirrojo, como no podía levantarlo, se rascó los rizos de las sienes, cerró la puerta y se sentó resueltamente junto al hombre, en el suelo. Levantó las rodillas y contempló las pa-

¹⁰Inspirado en Libro de Jeremías, 50 y 51.

tas de la mesa que tenía delante: «Está bueno. Quédese ahí tranquilo. Me sentaré yo también. No es muy cómodo, pero por qué no. No me va a contar usted lo que le pasa, le contaré algo yo.» El ex presidiario gimió, con la cabeza en la alfombra. (¿Pero por qué gime y suspira? Hay que decidirse, hay que tomar un camino..., y tú no conoces ninguno, Franze. La mierda de antes no la quieres y en tu celda tampoco has hecho más que suspirar y esconderte y no pensar, no pensar, Franze.) El pelirrojo dijo furioso: «No hay que darse tanta importancia. Hay que oír a los otros. Quién le dice que lo suyo es tan importante. Dios no deja a nadie de la mano, pero hay más gente también. ¿No ha leído lo que hizo Noé en el Arca, en su barco, cuando vino el diluvio universal? Una pareja de cada. Dios no se olvidó de nadie. Ni de los piojos de la cabeza se olvidó. A todos los quería y los apreciaba.» El otro, abajo, gimoteaba. (Gimotear no cuesta nada, gimotear puede hacerlo también un ratón enfermo.)

El pelirrojo lo dejó gimotear, se rascó las mejillas: «Hay muchas cosas en la Tierra, se pueden contar muchas cosas cuando se es joven o cuando se es viejo. Le voy a contar, ahorita, la historia de Zannowich, Stefan Zannowich. No debe de haberla oído nunca. Cuando se encuentre mejor, siéntese un poquitín. La sangre se le va a uno a la cabeza, no es bueno. Mi pobre padre nos contaba muchas cosas, viajó mucho, como la gente de nuestra raza, llegó a los setenta años y murió después de nuestra pobre madre, sabía mucho, un hombre inteligente. Nosotros éramos siete bocas hambrientas, y cuando no había nada que comer nos contaba historias. No se llena uno con ellas, pero se olvida.» Los gemidos sordos continuaban en el suelo. (Gemir puede hacerlo también un camello enfermo.) «Bueno, bueno, ya lo sabemos, en el mundo no hay sólo oro, belleza y regocijo. ¿Quién era ese Zannowich, quién era su padre, quiénes eran sus padres? Mendigos, como la mayoría de nosotros, mercachifles, comerciantes, negociantes. El viejo Zannowich procedía de Albania y fue a Venecia. Él sabía por qué fue a Venecia. Unos van de la ciudad al campo, otros del campo a la ciudad. En el campo hay más tranquilidad, la gente da vueltas y más vueltas a las cosas, se puede hablar durante horas y, si se tiene suerte, se ganan unos

pfenning. En la ciudad es también difícil, pero la gente está más apretada y no tiene tiempo. Si no es uno será el otro. Bueyes no se tienen, se tienen caballos ligeros con coches. Se pierde y se gana. Eso lo sabía el viejo Zannowich. Primero vendió lo que tenía encima, y luego cogió una baraja y se puso a jugar con la gente. No era un hombre honrado. Negocio hizo así porque la gente de la ciudad no tiene tiempo y quiere que la entretengan. Él la entretenía. Su dinero les costaba. Un estafador, un tramposo era el viejo Zannowich, pero tenía cabeza. Los aldeanos le habían hecho la vida difícil, aquí vivía mejor. Le fueron bien las cosas. Hasta que uno pensó de repente que lo había engañado. Bueno, el viejo Zannowich no había contado exactamente con eso. Hubo palos, la policía, y por fin el viejo Zannowich tuvo que poner pies en polvorosa con sus hijos. El juzgado de Venecia andaba tras él, pero con el juzgado, pensó el viejo, prefería no tratar, no me comprenden, tampoco pudieron cogerlo. Tenía caballos y dinero, se estableció otra vez en Albania y se compró una propiedad, un pueblo entero, y mandó a sus hijos a escuelas superiores. Y cuando fue muy viejo, murió tranquilo y respetado. Ésa fue la vida del viejo Zannowich. Los campesinos lo lloraron, pero él no podía soportarlos, porque pensaba siempre en la época en que estaba ante ellos con sus baratijas, anillos, pulseras y collares de coral, y ellos les daban vueltas y los manoseaban, pero al final se iban dejándolo allí.

»Ya sabe, si el padre es arbusto quiere que el hijo árbol sea. Si el padre es una piedra, una montaña el hijo ha de ser. El viejo Zannowich les dijo a sus hijos: “En Albania no fui nada en mis tiempos de buhonero, durante veinte años, ¿y por qué? Porque no empleé la cabeza en lo que debía haberla empleado. Yo os mando a la gran escuela, a Padua, coged coches y caballos y, cuando hayáis acabado vuestros estudios, pensad en mí, en las preocupaciones que tuve con vuestra madre y con vosotros y en que, por las noches, dormía con vosotros en el bosque como un jabalí: la culpa era sólo mía. Los campesinos me habían secado como un mal año y me hubiera perdido, pero fui a buscar a los hombres y no me hundí.”»

El pelirrojo se reía solo, movía la cabeza, balanceaba el tronco. Los dos estaban sentados en el suelo, sobre la alfom-

bra: «Si alguien entrase ahora, nos tomaría por majaras¹¹, tienen un sofá y se sientan delante, en el suelo. Bueno, cada uno lo que quiera, por qué no, si le gusta. Zannowich Stefan hijo era ya un gran orador de joven, a los veinte años. Sabía hacer reverencias, ser simpático, sabía coquetear con las señoras y mostrarse distinguido con los caballeros. En Padua, los nobles aprenden de los profesores; Stefan aprendía de los nobles. Todos se portaron bien con él. Y cuando volvió a su casa, a Albania, su padre vivía aún y se alegró de verlo y le gustó también y dijo: “Fijaos, es un hombre hecho para el mundo, no tratará durante años veinte con los aldeanos, como yo, está años veinte por delante de su padre.” Y el jovenzuelo se alisó las mangas de seda, apartó los bellos rizos de su frente y besó a su anciano y feliz padre: “Usted, padre, me ha evitado esos malos veinte años.” “Ojalá sean los mejores de tu vida”, dijo el viejo acariciando y mimando al jovenzuelo.

»Y para el joven Zannowich fue como un milagro, pero no era ningún milagro. La gente acudía a él de todas partes. Tenía las llaves de todos los corazones. Fue a Montenegro de excursión como un caballero, con coches y caballos y sirvientes, su padre se alegró al ver la grandeza de su hijo —el padre arbusto, el hijo árbol— y en Montenegro lo llamaron conde y príncipe. No le hubieran creído si hubiera dicho: mi padre se llama Zannowich, vivimos en Pastrowich, un pueblo, ¡y mi padre está orgulloso de ello! No le hubieran creído, de forma que se hizo pasar por noble de Padua y parecía un noble y los conocía a todos. Stefan se dijo riendo: salíos con la vuestra. Y se presentó a la gente como rico polaco, que era por lo que lo tomaban, un tal Barón Warta, y ellos se alegraban y él se alegraba.»

El ex presidiario se había levantado repentinamente de un salto. Se puso en cuclillas y observó al otro desde arriba. Luego dijo con mirada glacial: «Simio.» El pelirrojo replicó desdeñosamente: «Un simio seré. Pero entonces un simio sabe más que muchas personas.» El otro se vio obligado a sentarse otra vez en el suelo. (Tienes que arrepentirte; saber lo que ha ocurrido; ¡saber lo que hace falta!)

¹¹La palabra que utiliza Döblin, típicamente yídish, es *mesbugge*.

«Así se puede seguir hablando. Se puede aprender mucho de otras personas. El joven Zannowich iba por esa vía y por ella siguió. Yo no lo conocí y mi padre no lo conoció, pero se lo puede uno imaginar. Si le pregunto, a usted que me llama simio —no hay que despreciar a ningún animal de este mundo de Dios, nos dan su carne y nos reportan otros muchos beneficios, piense en los caballos, los perros, los pájaros cantores; simios sólo los he visto en las ferias, tienen que hacer payasadas atados a una cadena, un destino duro, ningún ser humano lo tiene tan duro—, bueno, quería preguntarle, no puedo llamarlo por su nombre porque no me quiere decir su nombre: ¿cómo progresaron los Zannowich, tanto el joven como el viejo? Usted piensa que porque tuvieron cerebro, porque fueron listos. Otros fueron también listos y no llegaron tan lejos en ochenta años como Stefan en veinte. Pero lo más importante en los hombres son ojos y pies. Hay que saber ver el mundo y entrar en él.

»De modo que escuche lo que hizo Stefan Zannowich, que vio a los hombres y supo lo poco que había que temerlos. Fíjese en cómo le allanan a uno el camino, cómo se lo muestran a un ciego casi. Ellos lo querían: tú eres el Barón Warta. Está bueno, dijo él, soy el Barón Warta. Luego, no le bastó, o no les bastó a ellos. Si era Barón, ¿por qué no podía ser más? Hay en Albania un personaje célebre, había muerto hacía tiempo, pero le rinden culto como rinde culto el pueblo a sus héroes, se llama Skandebeg¹². Si Zannowich hubiera podido, habría dicho que era Skandebeg. Como Skandebeg estaba muerto, dijo: soy descendiente de Skandebeg, y se ufanó de ello, se llamó Príncipe Castriota de Albania, devolverá a Albania su grandeza, sus seguidores lo aguardan. Le dieron dinero para que pudiera vivir como vive un descendiente de Skandebeg. Le hizo bien a la gente. Van al teatro y oyen cosas inventadas que les resultan agradables. Pagan por ello. Igual pueden pagar si las cosas agra-

¹²El príncipe George Kastrioti (1405-1468), héroe nacional albanés, fue entregado al sultán Murad II de Turquía como rehén y recibió allí el nombre de Iskander (por Alejandro Magno) y el título de bey, de donde procede su sobrenombre de Skandebeg.

dables les pasan por la tarde que por la mañana, y si pueden actuar ellos también.»

Y otra vez se enderezó el hombre del paletó de verano amarillo, tenía el rostro sombrío y arrugado, miró desde arriba al pelirrojo, carraspeó, la voz le había cambiado: «Dígame, mequetrefe, oiga, está usted guillado, ¿no? ¡Es un gilí!» «¿Un gilí? Quizá. Unas veces soy un simio, otras un majara.» «Dígame, oiga, ¿por qué está aquí sentado contándome esas pampulinas?» «¿Quién es el que se sienta en el suelo y no quiere levantarse? ¿Yo? ¿Teniendo un sofá detrás? Bueno, si le molesta, no diré nada.»

Entonces el otro, que al mismo tiempo había estado mirando a su alrededor, estiró las piernas y se sentó con la espalda contra el sofá, apoyando las manos en la alfombra. «Así estará más cómodo.» «Bueno, pues ya puede ir acabando la monserga.» «Como quiera. Esa historia la he contado a menudo, no me importa. Si no le importa a usted.» Pero, después de una pausa, el otro volvió de nuevo la cabeza hacia él: «Puede seguir contando la historia.» «Ya ve. Contando y hablando el tiempo se hace más corto. Sólo quería abrirle los ojos. Ese Stefan Zannowich, de quien hablar ha oído usted, recibió dinero, tanto que pudo hacer con él un viaje a Alemania. En Montenegro no lo descubrieron. De Zannowich Stefan hay que aprender que sabía de sí mismo y de los hombres. Y era inocente como un pajarito gorjeante. Y mirad, tenía tan poco miedo del mundo: los hombres más grandes, los más poderosos que había, los más temibles eran sus amigos: el Elector de Sajonia¹³, el Príncipe heredero de Prusia¹⁴, que más tarde fue un gran héroe en la guerra y ante el cual la austríaca, la Emperatriz Teresa¹⁵, temblaba en su trono. Zannowich no temblaba ante él. Y cuando una vez Stefan llegó a Viena y tropezó con gente que le iba siguiendo los pasos, la propia Emperatriz levantó la mano y dijo: ¡Dejad en paz al muchachito!»

¹³Augusto el Fuerte (1670-1733).

¹⁴Federico II el Grande (1712-1786).

¹⁵María Teresa de Austria (1717-1780).

Terminación de la historia de una forma inesperada y, de ese modo, logro del pretendido efecto alentador en el ex presidiario

El otro reía, relinchaba junto al sofá: «Es usted todo un tipo. Podría trabajar de payaso en un circo.» El pelirrojo se rió también burlescamente: «Ya ve. Pero silencio: los nietos del viejo. Quizá sea mejor que nos sentemos en el sofá. Qué piensa.» El otro se rió, se levantó penosamente, se sentó en una esquina del sofá, el pelirrojo en la otra. «Está más blando y no se arruga uno tanto el abrigo.» El del paletó de verano miraba fijamente al pelirrojo desde su esquina: «No había encontrado hacía tiempo un gordito tan cómico.» El pelirrojo, impasible: «Quizá no se haya fijado, pero los hay. Se ha manchado el abrigo, aquí no se limpian los zapatos.» El ex presidiario, un hombre al principio de sus treinta, tenía los ojos alegres, el rostro más animado: «Oiga, dígame, ¿a qué se dedica? Debe de estar usted en la Luna.» «Bueno, está bien, vamos a hablar de la Luna.»

Desde hacía unos cinco minutos un hombre de barba rizada y oscura estaba en la puerta. Ahora se dirigió a la mesa y se sentó en una silla. Era joven y llevaba un sombrero de fieltro negro, como el otro. Trazó un círculo en el aire con la mano y dejó oír su voz estridente: «¿Quién es éste? ¿Qué haces con éste?» «¿Y qué haces tú aquí, Eliser? No lo conozco, no quiere decir su nombre.» «Le has contado historias.» «Bueno, y qué te importa.» El moreno al presidiario: «¿Le ha contado a usted historias?» «No habla. Va por ahí cantando en los patios.» «Entonces déjalo que se vaya.» «Lo que yo hago no te importa.» «He oído desde la puerta lo que pasaba. Le has hablado de Zannowich. No sabes más que contar historias.» El extraño, que había estado mirando fijamente al moreno, gruñó: «¿Pero quién es usted, y de dónde ha salido? ¿Por qué se mete en las cosas de éste?» «¿Le ha hablado de Zannowich o no? Le ha hablado. Mi cuñado Nahum va por todos lados hablando y hablando y no sabe estar solo.» «No te he pedido ayuda. ¿No ves que no está bien, malo, más que malo?» «Y qué si no está bien. Dios no te ha encargado que lo cuida-

ras, mira éste, Dios ha esperado a que él viniera. Dios solito no podía hacer nada.» «Eres malo.» «Apártese usted de ése. Le habrá contado lo bien que les fue a Zannowich y a no sé quién más en esta vida.» «¿Por qué no te marchas?» «Vaya con el farsante, con el benefactor. A mí me lo va a decir. ¿Acaso está en su casa? ¿Qué has contado otra vez sobre Zannowich y lo que se puede aprender de él? Hubieras debido ser nuestro rabí. Te hubiéramos hinchado de comer.» «No necesito vuestra caridad.» El moreno gritó otra vez: «Y nosotros no necesitamos gorriones que nos tiren de la levita. ¿Le ha contado también cómo acabó su Zannowich, al final?» «Sinvergüenza, mal hombre.» «¿Le ha contado eso?» El presidiatio miró parpadeando al pelirrojo, que amenazó con el puño y se dirigió a la puerta; gruñó tras el pelirrojo: «Oiga, no se vaya, no se excite, déjelo desbarrar.»

El moreno le hablaba ya con vehemencia, agitando las manos, moviéndose adelante y atrás, chascando la lengua y sacudiendo la cabeza, con una expresión distinta a cada instante, y dirigiéndose tan pronto al extraño como al pelirrojo: «Ése vuelve majara a cualquiera. Que le cuente el fin que tuvo su Zannowich Stefan. Eso no lo cuenta, por qué no lo cuenta, por qué, pregunto yo.» «Porque eres un mal hombre, Eliser.» «Mejor que tú. A Zannowich (el moreno levantó las manos con repugnancia, con horribles ojos saltones) lo echaron de Florencia como a un ladrón. ¿Por qué? Porque lo descubrieron.» El pelirrojo se puso amenazadoramente ante él, el moreno lo apartó con un gesto: «Ahora estoy hablando yo. Escribió cartas a los príncipes, los príncipes reciben muchas cartas, por la letra no se puede saber de quién son. Entonces hinchó el pecho y se fue a Bruselas como Príncipe de Albania, y se metió en alta política. Fue su ángel malo quien lo inspiró. Se va al Gobierno, imaginaos, Zannowich Stefan, ese pipiolo, y le promete para una guerra, no sé con quién, cien mil o doscientos mil hombres, no interesa; el Gobierno le escribe una cartita, muchas gracias, pero no se mete en empresas inciertas. Entonces el ángel malo le dijo a Stefan: coge la carta y pide con ella dinero a préstamo. Al fin y al cabo, tienes una carta

del Ministro con esa dirección: a su Alteza Serenísima, el Príncipe de Albania. Le prestaron dinero y ése fue el fin del estafador. ¿A qué edad llegó? A los treinta años, no le pusieron más como castigo a sus fechorías. No pudo pagar, lo denunciaron en Bruselas y así se descubrió todo. ¡Tu héroe, Nahum! ¿Has hablado de su triste fin en la cárcel, donde él mismo se abrió las venas? Y cuando estaba muerto —güena vida, güen final, todo hay que decirlo— vino el verdugo, el matarife, con la carreta de los perros y los caballos y los gatos muertos, lo cargó en ella, a Stefan Zannowich, y lo tiró junto al patíbulo, echando encima la basura de la ciudad.»

El hombre del abrigo de verano estaba con la boca abierta: «¿Es verdad eso?» (Gemir puede hacerlo también un ratón enfermo.) El pelirrojo había contado cada una de las palabras gritadas por su cuñado. Esperaba con el índice levantado ante el rostro del moreno a que le diera pie, y ahora le golpeó ligeramente en el pecho, escupiendo en el suelo ante él, pif, pif: «Eso para ti. Por ser quien eres. Cuñado mío.» El moreno se fue pataleando hasta la ventana: «Bueno, ahora habla tú y di que no es verdad.»

Los muros no estaban ya. Una habitación pequeña con una lámpara de techo, dos judíos que andaban por allí, uno moreno y otro pelirrojo, llevaban sombreros de fieltro negro, se peleaban. Siguió a su amigo, el pelirrojo: «Oiga, escuche, oiga, ¿es cierto lo que ha contado de ese hombre, de cómo se hundió y cómo lo mataron?» El moreno gritó: «¿Que lo mataron? ¿He dicho yo que lo mataron? Se mató él solo.» El pelirrojo: «Bueno, pues se mataría.» El ex presidiario: «¿Y qué hicieron entonces, quiero decir los otros?» El pelirrojo: «¿Quién, quién?» «Bueno, habrá habido otros como él, como Stefan. No todos habrán sido ministros o matarifes o banqueros.» El pelirrojo y el moreno se miraron. El pelirrojo: «Bueno, ¿qué iban a hacer? Pues mirar.»

El ex condenado del abrigo de verano amarillo, el chicharrón, salió de detrás del sofá, recogió su sombrero, lo limpió, lo puso sobre la mesa, luego se abrió el abrigo y se desabotonó el chaleco: «Miren mis pantalones. Así estaba yo de gordo y ahora me están así de flojos, me caben los dos puños, de pasar gazusa. Se ha ido. Toda mi tripita se ha ido al diablo. Así es

como se echa uno a perder, por no haber sido siempre como debía ser. No me creo que los otros sean mucho mejores. ¡Qué va! No me lo creo. Quieren volverle a uno mochales.»

El moreno le cuchicheó al pelirrojo: «Ya lo has conseguido.» «¿Qué he conseguido?» «Pues un presidiario.» «Y qué.» El ex presidiario: «Entonces te dices: estás libre y otra vez dentro, en plena mierda, y es la misma mierda que antes. No es para reírse.» Se abotonó otra vez el chaleco: Ya ven lo que hicieron. Sacan al muerto de su agujero, viene el canalla del carro de los perros y echa encima a un hombre muerto, maldito puerco, lo debían haber matado allí mismo, tratar así a un ser humano, sea quien sea.» El pelirrojo, compungido: «¿Qué se puede decir.» «¿Es que no somos nada porque una vez hayamos hecho algo? Todos los que han estado en chirona pueden ser honrados, hayan hecho lo que hayan hecho.» (¿Cómo que arrepentirse? ¡Hay que desahogarse! ¡Sacudir estopa! Entonces todo se supera, se deja atrás, el miedo y todo.) «Sólo quería mostrarle: no escuche todo lo que mi cuñado le cuente. A veces no se puede hacer lo que se quiere, a veces las cosas salen de otro modo.» «Eso no es justicia, tirarlo a uno a la basura como un chucho y arrojar basura encima además, ¿es ésa la justicia con un hombre muerto? ¡Qué asco! Ahora tengo que despedirme. Vengan esos cinco. Su intención es buena y la suya también (le apretó al pelirrojo la mano). Me llamo Biberkopf, Franz. Ha sido muy amable que me recogieran. Ya estaba cantando en el patio como un pajarito. Bueno, salud muchacho, todo se pasa.» Los dos judíos le estrecharon las manos, sonreían. El pelirrojo le retuvo la mano largo tiempo, exultaba: «¿Se siente realmente bien? Me alegraría que, cuando tuviera un rato, se dejara ver.» «Muchas gracias, se hará lo que se pueda, un rato sí que habrá, dinero no. Y saluden también al viejo de antes. Tiene la mano dura, díganme, ¿ha sido carnicero? Ay, vamos a arreglar en un momento la alfombra, está toda arrugada. No no, lo haremos nosotros, y la mesa, así.» Se afanaba en el suelo, miró al pelirrojo riendo, hacia atrás: «Nos sentamos en el suelo y nos contamos cosas. Un buen asiento, con su permiso.»

Lo acompañaron a la puerta, el pelirrojo seguía preocupado: «¿Podrá andar solo?» El moreno le dio un codazo:

«Déjalo ya.» El ex presidiario, andando derecho, sacudió la cabeza y apartó el aire con los brazos (hace falta aire, aire, aire y nada más): «No se preocupen. Me pueden dejar ir tranquilos. Me hablaba usted de pies y de ojos. Pues todavía los tengo. Nadie me los ha arrancado. Muy buenas, señores.» Y se fue por el patio estrecho, lleno de cosas, los dos le siguieron con la vista desde lo alto de la escalera. Tenía el sombrero hongo echado sobre la cara, y murmuró al pisar un charco de gasolina: «Maldito veneno. Ahora un coñac. Al que se me ponga por delante le doy en los morros. A ver dónde hay un coñac.»

Tendencia desanimada, más tarde fuerte baja, Hamburgo destemplado, Londres más débil

Llovía. A la izquierda, en la Münzstrasse, centelleaban anuncios que eran cines. No pudo pasar de la esquina, la gente se apretaba contra una valla, el suelo descendía profundamente, las vías del tranvía reposaban sobre planchas en el aire, un tranvía pasaba precisamente por encima, despacio. Ahí va, están construyendo una estación de metro, pues tiene que haber trabajo en Berlín. Otro cine más. Prohibida la entrada a los menores de 17 años. En el enorme cartel había un señor de color rojo escarlata en una escalera, y una estupenda muchacha le abrazaba las piernas, ella estaba echada en la escalera y él, arriba, ponía cara de impertinente. Debajo decía: *Sin familia*¹⁶, el destino de una huerfanita en seis jornadas. Sí señor, me lo voy a ver. Suena la pianola aporreada. Entrada 60 pfennig.

Un hombre a la cajera: «Señorita, ¿no hacen descuento a los viejos reservistas sin estómago?» «No, sólo a los niños de menos de cinco meses, con chupete.» «De acuerdo. Esa edad tengo. Soy un recién nacido que está aprendiendo a hablar.» «Está bien, cincuenta entonces, adentro.» Detrás de él se insinuaba un muchacho delgado, de pañuelo al cuello: «Señorita,

¹⁶Película muda (*Eternos*) de Franz Hofer, 1927.

quiero entrar pero sin pagar.» «Vaya, hombre. Dile a tu mamá que te ponga a hacer pipí.» «¿Entonces qué, entro?» «¿Dónde?» «En el cine.» «Aquí no hay ningún cine.» «¿Cómo que no hay ningún cine?» Ella llamó por la ventanilla al portero de la puerta: «Maxi, ven aquí. Hay uno que pregunta si esto es un cine. No tiene dinero. Dile lo que es esto.» «¿Qué le pasa, joven? ¿No se ha dado cuenta aún? Esto es la Beneficencia, sucursal de la Münzstrasse.» Apartó al tipo delgado de la caja, lo amenazó con el puño: «Si quieres, cobras ahora mismo.»

Franz se metió adentro. Precisamente en el descanso. El largo salón estaba de bote en bote, el noventa por ciento, hombres con gorra que no se quitaban. Tres lámparas en el techo, cubiertas de rojo. Delante, un piano amarillo con paquetes encima. La pianola no deja de armar ruido. Entonces se apagan las luces y empieza la película. Una chica que guarda gansos tiene que recibir una educación, por qué, no se sabe muy bien. Se limpia las narices con la mano y se rasca el trasero en la escalera, todo el cine se ríe. Franz se sintió maravillosamente conmovido cuando empezaron las risitas a su alrededor. ¡Personas, personas libres que se divierten, nadie les puede decir nada, es maravilloso y yo estoy en medio de ellas! La película seguía. El elegante Barón tenía una querida, que se tendía en una hamaca, echando las piernas por el aire. Llevaba pantalones. Eso está muy bien. Cuánto jaleo armaba la gente por la sucia moza de los gansos, que lamía los platos. Otra vez revoloteaba la de las piernas esbeltas. El Barón la había dejado sola, a ella se le volcó la hamaca y cayó a la hierba cuan larga era. Franz miraba fijamente a la pared, la escena había cambiado ya, pero él seguía viéndola caerse y quedar tendida. Se mordió la lengua. Qué rayos era aquello. Cuando uno, que había sido amante de la chica de los gansos, abrazó a aquella elegante mujer, Franz sintió que la piel del pecho le ardía, como si la abrazara él mismo. Eso lo traspasó, dejándolo sin fuerzas.

Una mujer. (Hay otras cosas además de mal humor y miedo. ¿Qué son esas pamplinas? ¡Aire, muchacho, y una mujer!) Mira que no haber pensado en ello. Uno está en la ventana de su celda y mira al patio a través de la reja. A ve-

ces pasan mujeres, visitas o niños, o la limpieza de casa del Jefe. Cómo están todos en las ventanas, los presos, mirando, todas las ventanas ocupadas, devorando a cada mujer. A un vigilante vino a verlo una vez su mujer de Eberswalde, quince días, antes sólo iba a verla él cada quince días, ahora ella ha aprovechado el tiempo como está mandado, en el trabajo a él se le cae la cabeza de cansancio, apenas puede andar.

Franz estaba ya fuera, en la calle, bajo la lluvia. ¿Qué hacemos? Estoy libre. Me hace falta una mujer. Una mujer es lo que me hace falta. Qué gusto, la vida es bonita aquí fuera. Sólo hay que mantenerse firme y poder andar. Tenía las piernas ligeras, no sentía el suelo bajo los pies. En la esquina de la Wilhelm-Strasse, detrás de los carros del mercado, había una y él se puso a su lado, daba igual quién fuera. Por qué rayos se me quedan los pies helados. Se fue con ella, se mordía el labio inferior de los escalofríos, si vives lejos no voy contigo. Sólo había que cruzar la Bülowplatz, pasando junto a las vallas, atravesar un portal, el patio, bajar seis escalones. Ella se volvió, riendo: «No seas tan ansioso, hombre, me vas a aplastar.» Apenas había cerrado la puerta tras ellos, él la agarró. «Hombre, déjame soltar primero el paraguas.» Él la apretaba, la empujaba, le daba pellizcos, le pasaba las manos por el abrigo, tenía todavía el sombrero puesto, ella dejó caer el paraguas enfadada: «Suéltame, hombre», él suspiró, sonrió forzosamente, sintiéndose mareado: «¿Qué pasa?» «Me vas a romper los trapos. Me los pagas tú? Pues entonces. A nosotras no nos regalan nada.» Y como él no la soltaba: «No puedo respirar, bobo. Estás completamente chiflado.» Era gorda y lenta, pequeña, él tuvo que darle primero los tres marcos, que ella metió cuidadosamente en la cómoda, guardándose la llave en el bolso. Él no podía dejar de seguirla con los ojos: «Es porque he estado unos añitos a dieta, gorda. Allá en Tegel, ya puedes figurarte.» «¿Dónde?» «En Tegel. Ya puedes figurarte.»

La hembra fofa se rió con todas sus ganas. Se desabrochó la blusa por arriba. Un príncipe y una princesa se amaban

muy tiernamente¹⁷. Cuando el perro y la salchicha de un brinco saltan la acequia¹⁸. Ella lo cogió, lo apretó contra ella. Put, put, put, pollito, put, put, put, capón¹⁹.

Al poco rato, él tenía gotas de sudor en la cara, gemía. «Bueno, ¿por qué gimes?» «¿Quién es ese tipo que anda ahí al lado?» «No es ningún tipo, es mi patrona.» «¿Y qué hace?» «Qué va a hacer. Tiene ahí la cocina.» «Pues vaya. Podría dejar de corretear. ¿Por qué tiene que corretear ahora? No puedo soportarlo.» «Vaya por Dios, ya voy, se lo diré.» Qué tío más pesado, se alegra una de deshacerse de él, el muy vago, a ése lo echo yo en seguida. Llamó a la puerta de al lado: «Señora Priese, estése quieta unos minutos, tengo que hablar con un señor, algo importante.» Bueno, lo hemos conseguido, duerme tranquila, Patria querida²⁰, ven corazón, pero pronto te vas a largar.

Ella pensaba, con la cabeza sobre la almohada: los zapatos amarillos me aguantan todavía unas medias suelas, ese novio que tiene ahora Kitty me lo hará por dos marcos, si ella no tiene nada en contra, no se lo voy a quitar, también me los podría teñir de marrón, para la blusa marrón, está hecha ya un trapo, buena para tapar la cafetera, hay que plancharle las cintas, se lo diré en seguida a la señora Priese, tendrá fuego aún, qué diablos estará cocinando. Olfateó. Arenques frescos.

Por la cabeza de él rodaban versos, dando vueltas, incomprendibles: si tiene sopa, señorita Stein, déme una poca, señorita Stein. Si tiene pasta, señorita Stein, pues déme pasta, señorita Stein. Para abajo, para arriba. En voz alta gimió: «¿Es que no te gusto?» «Por qué no, ven aquí, limosna de amor.» Él se dejó caer en la cama, gruñó. gimió. Ella se frotó el cuello: «Me parto de risa. Quédate ahí tranquilo. A mí no me molestas.» Se rió, levantó los gordos brazos y sacó de la cama los pies, calzados con medias: «No puedo evitarlo.»

¹⁷Primer verso de la canción popular «Los nobles príncipes», recogida en *El cuerno maravilloso del zagal* (1806-1818), de Achim von Arnim y Clemens Brentano.

¹⁸Parodia del primer verso de la «Amalienpolka», del duque Max de Baviera.

¹⁹Estríbillo de varias canciones populares.

²⁰Otra cita de «La guardia del Rin».